CAPITULO V

PASIONES CEREBRALES (CONTINUACIÓN)

Edad adulta de la pasión.

La pasión ha crecido ya, lenta ó bruscamente, nada importa para el caso, puesto que su resultado será siempre el mismo; es decir, la abolición de la voluntad fría y razonada, la omnipotencia de un deseo único á cuya satisfacción tienden forzosamente todas las facultades. Antes de alcanzar este período se ven todavía los inconvenientes que se presentan, se vacila ante los obstáculos, soñamos todavía en romper la cadena que nos sujeta. Pero una vez en él, se siente el hombre arrastrado por una invencible corriente. Nada le importan los obstáculos; los arrostrará todos, y en caso de que sean insuperables, ¿qué le importa la muerte? Para el ser dominado por una pasión llevada al paroxismo, no hay bien, ni mal, ni razón, ni locura, ni vicio, ni virtud. Existe tan sólo un bien supremo sin el que no se puede vivir, preferible á todo, al que no es posible dejar de aspirar, en pago del cual todo sacrificio es poco; un deseo tiránico al que es forzoso obedecer, hasta á pesar de uno mismo. Aun en las intermitencias de la fiebre apasionada, cuando un débil fulgor de la razón nos ilumina, cuando en nuestra desenfrenada carrera hacia el objeto de nuestros deseos, caemos abatidos, destrozados, por el duro choque con la realidad, no podemos hacer más que gemir, levantarnos de nuevo y seguir marchando todavía. ¿Qué le importa á la señorita de Lespinasse que su amante la descuide, la olvide, la engañe?

Lo conoce, sí; se indigna, insulta al fiel, le desprecia, pero le ama hasta la muerte.

«No tengo necesidad de vivir, pero sí de amaros... Cuando vos me despreciéis, cuando me odiéis, yo encontraré todavía algo en mí que hará que os ame con pasión. Sí, amigo mío, la muerte acude veinte veces cada día á mi pensamiento, y mi alma no osa tan sólo concebir la idea de amaros menos. ¡Oh!, conocedme por entero: ved dentro de mi alma un veneno que me consume y que no me atrevo á haceros conocer. No es mi dolor... No son mis remordimientos... Es un mal que altera mi razón y mi salud, que me vuelve injusta...»

No sois migo mío, le escribía á M. de Guibert, ni podéis serlo; no me inspiráis confianza alguna. Me habéis hecho el daño más profundo, el más agudo que pueda afligir y desgarrar una alma honrada. Me priváis, quizá para siempre, del único consuelo que el cielo otorgaba á los días que me quedan de vida. En fin, ¿qué puedo deciros? El pasado, el presente, el porvenir, no me presentan sino dolores, pesares, remordimientos. Pienso, juzgo todo esto, amigo mío, y á pesar mío me siento arrastrada hacia vos por un invencible atractivo, por un sentimiento que aborrezco, pero que tiene sobre mí el poder de la maldición y de la fatalidad. Obráis perfectamente no haciéndome caso. Ni el derecho tengo de exigiros nada, puesto que mi más ardiente deseo es que no fuerais nada para mí.» Algunos días más tarde le escribía el siguiente billete: «Os espero, os amo; quisiera ser completamente vuestra y morir después.» O este otro: «¿Cómo podría explicaros todo el bien y el mal que me hacéis? Vuestra presencia ejerce tal imperio, tal fuerza sobre mí que me da una existencia nueva sin dejarme ni el más ligero recuerdo de la que tenía antes de conoceros. Estoy tan animada, tan penetrada de la impresión que experimento, que no puedo ser dichosa ó desgraciada sino por vos. Amo, gozo, temo, sufro, sin que entre nunca en estas diversas disposiciones de mi ánimo, ni recuerdo del pasado, ni previsión para el porvenir.»

«He gozado tanto, he podido apreciar tan bien el valor de la vida que, si fuera menester empezar de nuevo, quisiera que fuese con las mismas condiciones.

Amar y sufrir. El cielo y el infierno: he ahí á lo que me consagraría, he ahí lo que quisiera sentir. Ved el clima que quisiera habitar.»

«Amo con todas las facultades de mi alma, de mi espíritu, con el aire que respiro. En fin, amo para vivir y vivo para amar.»

Mucho tiempo antes ya había dicho Santa Teresa: El infierno es un lugar en donde no se ama.

En las mujeres sobre todo, es en quienes la pasión habla con más fuego, con más delirio. Que adoren ó execren, que amen apasionadamente á Dios ó á un hombre, su lenguaje tiene la misma fuerza. ¡Cuán bien pinta la impulsión irresistible!

«¡Ay de mí!, escribe Eloisa á Abelardo, los amorosos placeres que juntos hemos saboreado, me han fascinado dulcemente. No puedo excusarme de amarlos, ni desterrarlos de mi memoria. Ellos persiguen mis pasos, presentan ante mis ojos sus adoradas escenas y hacen penetrar en mis venas los ardores del pesar y del deseo. Su eterna imagen se cierne todavía con todas sus ilusiones sobre mis angustiosas noches.

»Entre la solemnidad del mismo divino sacrificio, en el momento en que la plegaria debe ser más ferviente y pura, ¡ah, me avergüenzo! Los licenciosos cuadros de nuestros placeres cautivan de tal modo mi corazón miserable, que más me ocupo de estas indignidades que de la santa oración. Lloro, no las faltas que he cometido, sino las que no cometo ya. No solamente lo que hemos hecho, sino las horas, los lugares testigos de nuestra rápida felicidad, todas sus circunstancias están fielmente grabadas en mi memoria con vuestra imagen.

»Caigo de nuevo en todos nuestros delirios y este pasado que se apodera nuevamente de mí y me agita, hasta en mis sueños, no me deja momento de reposo. Movimientos involuntarios, palabras que se me escapan, hacen á menudo traición al desorden de mi pensamiento. ¡Oh!, ¡qué desgraciada soy!

»¡Cuán lejos estoy de la tranquilidad de que disfrutáis! El fuego de los sentidos y de la pasión, una juventud que siempre arde y palpita, y la tan dulce experiencia que tengo hecha de los deleites, me aguijonean sin cesar y apresuran mi derrota en los combates de que la

misma fragilidad de mi naturaleza es cómplice. ¡Dicen que soy casta, porque no conocen que soy hipócrita!

»¡Dios lo sabe! Dios sabe que toda mi vida he temido mucho más ofenderos que ofenderle á él mismo, y que más bien es á vos que no á él á quien he procurado agradar. Ha sido vuestro mandato y no la voz del cielo lo que me ha sometido al yugo monástico.» (Traducción Oddoul.)

Para formarse una idea del camino que separa la razón de la pasión, es necesario leer los sermones escolásticos con los que Abelardo respondía á estas ardientes epístolas.

Recordemos también que Eloisa era una verdadera creyente, que estaba encadenada por unos votos sagrados á sus ojos; que estos pensamientos, que otros hubieran tenido por culpables, ella los creía sacrílegos, y que la imagen del infierno, del horrible infierno de la Edad media, en el cual creía sin duda alguna, no bastó á entibiar su pasión.

Escuchemos, ahora, el lenguaje del odio llevado al mismo grado de exaltación. Oigamos á Lescombat excitando á su amante á asesinar á su marido: parece una loba rabiosa. «Piensa en lo que me tienes prometido, amigo mío. Me juraste por lo más sagrado desembarazarme de mi esposo: declino sobre ti el cuidado de vengarme. ¡Cielos! bien pronto seré libre. Seré vengada. ¡Cuánto deseo este instante lleno de encantos para mí! Toma bien tus medidas; piensa que van en ello tu vida y la mía. Juzga hasta dónde llega mi furor. Si no te sientes con suficiente valor para servirme, dímelo. Hay otros medios que pondré en práctica para librarme de un bárbaro ocupado constantemente en aumentar mis desgracias. ¡No tiene cabida en mí sino la cólera! ¡El infierno está en mi corazón! ¡Nada hay sagrado para mí! ¡Ah! si conocieras lo que es el corazón de una mujer ultrajada, perseguida, desesperada, ejecutarías bien pronto el encargo que te he confiado. ¡Con cuánto placer recibiré la noticia de la muerte de mi esposo! ¡Con qué gozo veré su matador! Nunca habrás parecido más amable á mis ojos. Más ¡ah! los temores que me has dejado traslucir me anuncian otros nuevos.

«¡No tú no tendrás el valor suficiente para satisfacer mi deseo. Tú temes perder los efímeros instantes que componen el curso de nuestra vida. Esto es lo que te detiene. ¡Nunca me has amado; nunca has sentido por mí esos impetuosos arranques que el amor inspira! Nunca he podido leer en tus ojos aquel ardor, que es imposible ocultar y que anuncian el fuego ardiente de que nuestro corazón está poseído ¡Qué desgraciada soy en haberte conocido! Tú me seduciste. Mis días transcurrían en la mayor indiferencia cuando viniste á despertarme del letargo en que yacía. Tú, con tu lenguaje lisonjero y tus mil solícitas atenciones, supiste ganar mi corazón; me obligaste á declararme vencida. Tú triunfaste de mis caprichos, de mi resistencia, de mi deber. Si me hubiera entregado á cualquier otro que á ti, mi esposo habría ya dejado de existir. ¿Crees acaso intimidarme con tus vanos clamores? Me haces una horrible pintura de los tormentos que sufren los criminales; me describes con vehemencia los horrores que acompañan los últimos momentos de estos desgraciados; deseas que mi pensamiento se transporte á la plaza pública y que te contemple expirando en el cadalso; hasta me amenazas con la misma muerte; dices que no resistirías los tormentos que te harían sufrir y que confesarías mi complicidad... No importa. Prosigue; no te detenga el cuidado de mi vida... Me es odiosa, si mi esposo vive. La sacrificaría con gusto, con tal de verme saciada en la sangre del bárbaro á quien detesto. Es cuanto puedo decirte. Ahora, desgraciado, no vayas tu mismo á denunciarme á la justicia: te creo capaz de todo. No obstante, si cumples mis deseos, si secundas mis designios, si te veo cubierto de la sangre de mi esposo, pide de mí cuanto quieras. Tú serás para siempre el dios de mi corazón. Nadie habrá amado nunca como yo te amaré.»

¿Hay alguién que escuche sin horrorizarse este espantoso lenguaje? Para calmar el efecto que haya producido en nuestros lectores, vamos ahora á hacerles oir los arrullos de los místicos.

Veamos á Santa Teresa. Pinta la invencible atracción que la arrastra á adorar á Dios. «Apenas me encerraba en mi soledad, sentía renacer mi amor por mi celestial esposo. Convidábame, al parecer, á que aceptase sus santas delicias y sus divinas ternezas (no escandalizarse; vamos á oir cosas mejores). Era demasiada bondad por parte de este dulce maestro, que se dignase sufrirme en su presencia, *atraerme*, puesto que *sin esa dulce atracción*, lo conozco, nunca hubiera llegado hasta él.»

Más adelante oiremos á Santa Tersa describiendo las suavidades de la unión mística con Dios, á despecho del cuerpo, opresor del alma. Ninguna de estas quejumbrosas palomas ha balbuceado palabras más ardientes que estas: «No podría expresar los favores, las luces, los conocimientos, las íntimas y amorosas intrigas de este gran Dios acerca de su indigna criatura. ¡Qué tiernas afecciones! ¡Qué de comunicaciones íntimas! ¡Qué transportes de amor! ¡Qué de divinos abrazos! ¡Qué contacto que me halagaba el corazón! ¡Cuántos deleites interiores! ¡Qué de verdaderos placeres! ¡Qué gozo más puro! ¡Qué perfecto contento! ¡Qué desfallecimientos sin fin! Por último ¡qué tiernas y afectuosas palabras me fueron comunicadas! Luego, conducida por millones de ángeles al seno mismo de Dios, me permitía reposar sobre su corazón, donde él me sostenía con su mano derecha, cubriéndome con su izquierda, en términos que me parecía encontrarme en un jardín de delicias en el que brillaba siempre el día eterno, donde los placeres no tienen fin, las amistades son puras, donde el esposo y la esposa están sin reserva y tienen un verdadero placer en reposar el uno en el otro por un mutuo amor. Allí es donde el esposo se complace en descubrir al alma todas sus bellezas, sus amabilidades, y le dice aquellas palabras del cántico: «Duerme adorada mía, hermosa mía, paloma mía. Reposa en mi seno, pídeme cuanto quieras y te lo concederé. Si no hubiera hecho este gran universo, obra maestra de mi gloria, lo crearía para tí sola. Yo os ruego, hijas de Jerusalen, que no hagáis ruido, por miedo de que despertéis á mi adorada que duerme y reposa en mí...»

«¡Ah! si me fuera permitido decir cuántas veces embriagada por estos torrentes de voluptuosidad, no podía ya contener en mí el extremado calor que parecía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

consumirme hasta la médula de los huesos! Tan pronto rojo el semblante como el fuego, con ojos centelleantes, dirigía mis facciones inflamadas hacia el que me abrasaba con tan puro amor. Tan pronto necesitaba llamarle el solo objeto de mis encantos, vida de mi vida, alma de mi alma , corazón de mi corazón, objeto el más encantador y el más adorable. ¡Oh, amor, que ardes siempre y no te consumes! Si la criatura pudiera conocerte ¿qué dejaría de hacer para alcanzarte? En fin, alzando mi voz y mis gritos al cielo, no podía sino suspirando rogar á este divino amante que me redujera á polvo y ceniza, al objeto de que él tan sólo reinara en mi alma...

»Mil veces ¡oh, Dios mío! te me has aparecido con la misma solicitud que puede tener un amante apasionado por su esposa y me has dicho que no habías podido negarte á mis deseos, que habías sido tocado por mi amor, que te habías apasionado por mí de una manera casi imposible de expresar, pero que puede muy bien sentirse. Entonces, es imposible decir con qué vehemencia Dios se entregaba á mi corazón. Algunas veces no me era posible sino exclamar como el gran Santo, Francisco de Javier: Basta, basta, Dios mío, modera ese divino ardor.»

En las pasiones patrióticas hay, generalmente, más calma, menos delirio; quizá porque se desarrollan sobre todo en cerebros de hombres, sin que tengan por esto menos fuerza ni menos irresistibilidad.

Karl Sand, nos permite estudiar la invasión gradual de la idea fija que le conducirá al cadalso y matará á Kotzebue. Desea ardientemente, desde hace mucho tiempo, lo que él considera como el bien de su patria; es sumamente religioso, melancólico, exaltado, pero su pasión ha carecido hasta entonces de objeto. El nombre de Kotzebue le proporciona uno. Para él, este hombre es un miserable, un monstruo, el azote de Alemania, que fascina y envenena con sus bellos escritos corruptores. Sería en extremo útil su muerte. ¿Es preciso matarle? Sand vacila...No ha nacido para ello. ¡Oh! si otro se le anticipara y lo hiciese...Pero nadie lo intenta... Todos esperan que otro lo ejecute. «Señor, exclama, déjame fortalecer en la idea que he concebido de libertar la humanidad por el Santo sacrificio

de tu hijo. Haz que yo sea otro Cristo para Alemania y que como Jesús, y por su causa, sea fuerte y resignado en el dolor. (1818).

»Nada es un hombre comparado á un pueblo: es la unidad comparada á los millares, es un minuto comparado á un siglo. El hombre á quien nada precede, ni nada sigue, nace, vive y muere en un período más ó menos largo, pero que relativamente á la eternidad, apenas equivale á la duración del relámpago. Un pueblo, por el contrario, es inmortal.» (18 Mayo de 1818).

»Muchos traidores y los más infames se gozan en contribuir impunemente á la perdición de nuestro pueblo.

»Uno de ellos es Kotzebue, el más astuto, el más perverso, verdadero charlatán el más á propósito para todas las ignominias de nuestra época; su palabra es la más propia para arrebatarnos, completamente toda fiereza, toda repulsión contra las más injustas usurpaciones y arrullarnos en el más profundo y perezoso sueño.

»Cada día fomenta contra la patria odiosas traiciones... La historia contemporánea no debe quedar sujeta á eterna vergüenza; preciso es, pues, que caiga... ¿Quién destruirá á este miserable, á este traidor corrompido? Con angustia y amargo llanto, aspirando al más elevado propósito, espero hace tiempo, yo, que no he nacido para matarle, que otro se me adelante y me libre de mi dolor, dejándome seguir la vía pacífica que me he trazado. A pesar de mis deseos nadie lo intenta, y lo propio que yo, cada cual tiene el derecho de confiar en los demás. La tardanza empeora nuestra situación, la hace más y más lastimosa, y ¿quién nos borrará la mancha de la vergüenza, si Kotzebue, sin ser castigado, abandona el suelo alemán y va á consumir en Rusia los tesoros que ha amontonado?

»Veo terminar el último día de este año de 1818 en una disposición grave y solemne, pues he decidido que la Pascua de Navidad que acaba de transcurrir sea la última que celebre. Si nuestros esfuerzos han de obtener algún resultado, si la causa de la humanidad debe ser lo primero en nuestra patria, si en medio

de esta época sin fe, algunos sentimientos generosos deben renacer y hacerse puesto, es á condición de que el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebue se derrumbe! Estoy plenamente convencido de ello, *tanto, que mientras no haya cumplido mi resolución, no tendré reposo alguno.* ¡Señor! tú sabes que sacrifico mi vida á esta grande acción; no me falta, una vez concebida en mi espíritu, sino pedirte la firmeza y el ánimo necesarios...» (31 de Diciembre de 1818, Diario).

Para Sand ya no hay más vacilaciones, ya no más dudas. El acto que va á realizar es necesario, es justo; es, por otra parte, un mandato del destino.

«Mi sino está cumplido. Si debiera vivir todavía cincuenta años, no podría hacerlo con más actividad ni con más íntimo sentimiento que en los últimamente transcurridos.» (Traducción de Hohnhorst).

Su decisión está tomada; se cree feliz en haber cedido á su idea fija. «Aunque renunciando con espanto á los bellos ensueños del porvenir á que me he entregado hasta hoy, estoy tranquilo, lleno de confianza en Dios, hasta dichoso, desde que veo ante mí trazado en la noche y en la muerte el camino á cuyo término rendiré cuenta de mi deuda á la patria.

»¡Dios eterno! ¡Que mi patria continúe elevando hacia ti una tierna mirada! ¡Que tus bendiciones caigan en abundancia sobre esta multitud que en el seno del pueblo alemán está preparada para el combate; sobre esta multitud que reconociendo la grandeza de los dones de tu gracia, está animosamente resuelta á reclamar el bien de la humanidad, que es tu imagen sobre la tierra!»

Sand no comunicó á nadie sus designios; emprendió á pie el camino de Manheim, dió de puñaladas á Kotzebue el 23 de Marzo de 1819, hiriéndose gravemente al tratar de suicidarse; consumióse catorce meses en la cárcel y, por fin, fué decapitado el 18 de Abril de 1820.

Durante su larga prisión, y en medio de grandes sufrimientos, se conservó continuamente tranquilo, contento de sí mismo y satisfecho de la moralidad de su acción. En la misma víspera de ser ejecutado declaró que había hecho lo que debía. Al dirigirse al patíbulo contestó á un sacerdote que le preguntaba si al abandonar el mundo conservaba todavía algún odio: «¡Oh, Dios mío! ¿acaso lo he tenido alguna vez?» Es casi lo mismo que Carlota Corday dijo á Fouquier Tinville. «¡Monstruo! ¡me toma por un asesino!»

Esta ausencia completa de remordimientos, es un hecho común en las pasiones patrióticas y religiosas. El apasionado está firmemente convencido de que ha obrado en nombre de Dios ó de la justicia. No tan sólo no se arrepiente de sus actos, sino que, por el contrario, se envanece de ellos.

Calvino, es un perfecto modelo de esta inflexibilidad. Toda su correspondencia revela una convicción firme, inquebrantable, de que nunca ha conocido la duda, que ve pecado por do quiera y comprende la vida como una expiación. Por esto, sin titubear, mandó que se decapitara á Gruet é hizo marchar á Servet á la hoguera. «A veces les parece á los jóvenes, escribe, que les sujeto demasiado; pero no hacerlo así sería no tener lástima de ellos. Es menester procurar por su bien, aunque ellos mismos lo sientan.»

Considerándose cual nuevo Moisés, proclama que todo aquel que ultraje la gloria de Dios debe perecer y vela sin piedad por la ejecución de la ley. El idólatra, el blasfemo, el adúltero, el hereje, son castigados con la muerte. La mujer adúltera es arrojada al Ródano; los niños azotados públicamente. En el período de sesenta años, ciento cincuenta hechiceros fueron á la hoguera en Ginebra, según los registros de la república. El mísero Servet fué quemado en presencia de Calvino, y después de la ejecución, su matador escribía lo siguiente: «Los malvados no pueden glorificarse con la obstinación de un héroe, como con la constancia de un martir. Fué una estupidez brutal la que mostró cuando le anunciaron su muerte. Desde que supo su sentencia, se le vió ora con su mirada fija como un estúpido lanzar profundos suspiros, ora aullando como un furioso y prorrumpiendo en gritos de: !Misericordia! ¡misericordia!»

Habiendo, durante los debates, acusado á Servet de haber dicho en su traducción de *Ptolomeo* que la tierra

santa era estéril, en oposición del relato de Moisés que alababa su fertilidad:—«Proposición atea, dijo el juez.» Y Servet contestó:—«Yo no he hecho sino trasladar lo que ha dicho Ptolomeo; por tanto, él será el ateo.» «Entonces, dice Calvino, con mucho gusto habría mandado poner una mordaza á este incrédulo, pero me limité á preguntarle por qué había firmado un trabajo que no le pertenecía. Tanto abatieron á aquel perro mis convincentes razones, que, torciendo el gesto, contestó únicamente:—Pasemos á otra cosa; esto no es ningún delito.»

Martín Lutero excitaba igualmente al degüello de los campesinos revoltosos con una conciencia perfectamente tranquila. No haya misericordia, no haya tolerancia para con esta gente y sí tan sólo la indignación de Dios y de los hombres. Pertenecen por derecho á Dios y al Emperador; puede tratárseles como «perros rabiosos.»

En el corazón de los fanáticos de Dios ó de la patria, no tienen cabida las torturas del remordimiento. Lo que llamamos idea del bien, no existe absolutamente fuera del cerebro del hombre. No es sino una resultante de la educación, de la costumbre individual y hereditaria, y por poco que el juicio sea falseado, esta idea del bien, pretendidamente innata, puede ratificar los actos más horribles y hasta incitar á ellos.

Cromwell, se creía ciertamente un instrumento inspirado por Dios cuando escribía la siguiente extraña carta: «El día de vigilia se colocaron unos doscientos hombres de caballería é infantería (según se me ha dicho) en Covent-Garden, para impedir que nuestros soldados cortaran la cabeza á los presbiterianos. *Hé aquí las bellas partidas que se le juegan á Dios.*» (Cromwell en Fairfax, 1646).

Savonarola, después de haber establecido en Florencia lo que él llamaba gobierno de Cristo, decía á los magistrados: «¿Qué hacéis, señores? Es necesario empuñar la espada. Nada de misericordia. Decretad que todo aquel que hable mal del gobierno pagará cincuenta ducados, *Quia est crimen læsæ majestatis.* Si oyerais algunos de estos descontentos, dadles de cachetes; Dios castigará tanto al que deja cometer la falta como al mismo que la ejecuta.»

Cualquiera de las citas que anteceden, como también los recuerdos de que está poblada nuestra imaginación, demuestran bien claramente el poderoso imperio de las pasiones. Esta irresistibilidad del deseo apasionado, reconoce como móvil principal un conjunto de hechos intelectuales.

En la edad adulta de la pasión, las facultades han realizado un trabajo singular que Stendhal ha designado con la irregular frase de *cristalización.*

La pasión existe exclusivamente en el cerebro del apasionado. El ser, el objeto, el bien deseado, no son más que la ocasión, el pretexto de la pasión. Es un dato sobre el cual se construye todo un mundo fantástico. A los ojos de un hombre razonable la muerte de Kotzebue no es más que un asesinato inútil; á los de Karl Sand es un acto heróico y vengador que va á romper las cadenas de la patria y á regenerarla.

En el apasionamiento, la impresionabilidad agitada voluptuosa ó dolorosamente, estimula las facultades todas. La memoria le recuerda los placeres experimentados; la imaginación le pinta la dicha apetecida con los más brillantes colores, se la adorna, se la engrandece, la rodea de todo aquello que más le place; únicamente á través del kaleidoscopio de nuestros deseos es como miramos la realidad. El tesoro cuya imagen turba las noches del avaro le va á convertir en el más poderoso de los mortales; los honores, el poder que el ambicioso persigue incansablemente han de hacer de él algo más que un hombre; la presencia de Dios, su unión con él, dejan saborear al místico voluptuosidades sin nombre en las lenguas humanas; el descubrimiento al cual el sabio sacrifica salud, fortuna, familia va á metamorfosear el mundo y á inmortalizar su nombre. En nuestra opinión, M. de Guibert, el ídolo de Mlle. de Lespinasse, no es más que un pequeño intrigante, un retórico frío, un egoísta vulgar; para ella, era el primero de los mortales, un semidiós. «¿Cuán fuera de mí estaría cuando me atreví á deciros que tenía formada una mala opinión de vos? ¿Acaso esto es posible? ¿Puede tal cosa albergarse dentro de

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

mi corazón? ¿Adoramos tal vez, rendimos un culto á aquello que no nos parece un Dios?»

Es tan predonminante el papel que representa el cerebro en la pasión moral, que muy á menudo la idea fija persiste y domina todavía cuando el deseo sensual que la ha engendrado ha muerto ya para siempre. Otras veces, la impresión moral es tan poderosa que encadena las inclinaciones sensitivas. Esto es, sobre todo, aplicable al amor. J. J. Rousseau, perdidamente enamorado de Mad. de Houdetot, la respetó siempre. «La amo demasiado para querer poseerla.»

El poeta inglés Keats, enamorado apasionadamente, estando moribundo á causa de una tisis pulmonar, escribía á un amigo: «Me hallo en tal estado, que una mujer no tiene ya, como mujer, más poder sobre mí que que un árbol ó una piedra; sin embargo, la diferencia que experimento por X... y por mi hermana es sorprendente. La una parece absorber á la otra en un grado increíble. Pienso rara vez en mi hermano ni en mi hermana, que están en América. La idea de separarme de X... sobrepuja á lo que hay para mí de más horrible: creo ver las tinieblas descendiendo sobre mí. *Siempre distingo su figura, que se desvanece constantemente.*»

El hecho siguiente es más característico aún. ¡Qué bien demuestra la fijeza, la irresistibilidad del deseo puramente cerebral! El protagonista es el Aretino, el cínico Pedro Aretino, encarnación de la vileza, de la impudencia, de la sensualidad brutal. Llegado á la edad madura, después de haber arrastrado la fangosa existencia que todo el mundo sabe, se enamoró apasionadamente de una joven, á la que no pudo olvidar jamás. La rodeó de un lujo de sátrapa, cubrióla de brocados de oro, de perlas, de seda y terciopelo. Pero en medio de tanta magnificencia, un ataque de tisis, fué á herir al objeto adorado. El amor de Pedro Aretino parecía siempre aumentarse; tanto, que llegó á hacer de él un modelo de abnegación. Nada le cansa, nada le abruma. Cuidaba el mismo á Perina Riccia, la velaba durante su sueño, besaba sus ojos muertos y sin brillo, sus purulentos labios (il monstruoso de gli occhi, l'orrendo delle guancie e lo schiffo della bocca). Habiendo sido considerado el aire de Venecia como nocivo para la enferma, Aretino, la transportó á una aldea próxima; durante trece meses, la visitó asiduamente, haciendo á menudo el camino á pesar de la lluvia y de la nieve. La enfermedad, por fin, parecía ceder; Perina Riccia se restableció. Hablaba continuamente á su viejo amante ponderándole su agradecimiento, pero un día desapareció en compañía de un joven. Aretino, la maldijo, execróla... pero no la olvidó. «Sí; me regocijo de contemplar hecha pedazos la más vil cadena que haya nunca esclavizado un corazón de hombre. ¡He aquí disipada la ilusión que, durante cinco años, me ha arrastrado á adorarla! ¡Es posible que yo la haya amado y que ella haya constantemente pagado con su odio este indigno y fatal amor! Yo conocía perfectamente la falsedad de mi ídolo, pero también sabía que aunque hubiera tratado de ahogar y violentar mi inclinación, tan sólo habría alcanzado lo que aquellos cuyas imprudentes manos prueban á doblegar las verdes ramas de los árboles, siempre dispuestas á enderezarse nuevamente hacia la copa. ¿Se puede, acaso, amar ó dejar de amar, á medida de nuestro gusto? Hoy mismo, lo conozco, privada mi alma de lo que más adoraba, se parece á una comarca entregada al saqueo, completamente cubierta de ruinas y en la que no se encuentran sino lágrimas.»

Tres años más tarde volvió la infiel, pálida, enferma, abatida. Al verla Aretino olvidó su resentimiento; la acogió otra vez y amóla todavía. La tisis empezó nuevamente su obra y Aretino sus asiduidades y su abnegación. «Es, decía, una verdadera locura. Ella fué culpable. La razón debía hacérmela aborrecer; pero cuanto más pienso en esta joven, tratada por mí tan cruelmente; que no cuenta veinte años aun y vive muriendo, sin voz, sin pulso, sin olfato; que no conserva sino el setimiento de su martirio, tanto más me enternezco á pesar de mí mismo.» Perina murió, finalmente, en sus brazos y más de un año había ya transcurrido que la lloraba todavía. «La misma muerte no basta á arrancarla del corazón.» Creía volverse loco,

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

nunca cesaba de gemir. Reconocía que era una ingrata á quien debía aborrecer; se reprochaba su debilidad, pero no podía persuadirse de que había muerto y la buscaba por doquier incesantemente. Muchos años después, hacia el fin de su vida, era todavía presa del mismo sentimiento: «No sé, escribía al profesor de filosofía Barbaro, si el tiempo curará el horrible mal que ha dejado en mi corazón el afecto que sentía por Perina. Creo que he muerto desde el día en que ella dejó de existir, ó, más bien aun, pienso que esta peste de amor no me abandonará, ni aun con la muerte. El mal está en el fondo de mis entrañas y mil siglos no lograrían hacerlo desaparecer. Célebre doctor en filosofía: ¡si pudierais enseñarme á olvidar!»

¿Habremos logrado hacer comprender la omnipotencia del deseo apasionado, deseo único, uniforme, que recorre siempre idéntico camino y tan imposible de dominar como la fiebre á que ciertos apasionados le comparan (Lespinasse)? Cartas, discursos, todo en el apasionado es eternamente monótono; puesto que para él todo está concentrado en una idea única, fuera de la cual nada existe en el mundo.

Dominado continuamente por su idea fija, la mezcla á todos los actos de su vida. Sus gestos, sus afecciones anteriores, están completamente pervertidos. Esclavo de un deseo despótico, marcha hacia el objeto que se propone sacrificando todo lo que se le atraviesa en el camino: padres, amigos, fortuna, honor, todo lo desdeña ú olvida. Según las circunstancias, según el color que reviste su pasión, es igualmente capaz de las más grandes acciones ó de los crímenes más horribles. Dominada por una pasión vil, la Lescombat hizo asesinar á su esposo; dominado por una pasión noble, Cristóbal Colón, más grande que todos los obstáculos, descubrió la América. De estos dos actos, el uno es universalmente admirado y rechazado el otro; pero ¿eran libres, eran dueños sus autores de realizarlos ó no? ¿Quién es capaz de trazar con mano segura los límites de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal? En opinión de unos, el asesinato de Kotzebue es un acto infame; para otros constituye un admirable sacrificio.

Para acabar de describir completamente, ó poco menos, la pasión, es necesario decir algunas palabras acerca de sus remisiones. Efectivamente, no siempre es igual la energía del deseo apasionado. La intermitencia de acción es una de las leyes funcionales del cerebro, ley que viene demostrada por la necesidad del sueño. Por otra parte la remisión ó intermitencia es tanto más profunda, cuanto más enérgico haya sido el acto anterior. Nada en ciertos casos, menos parecido á sí mismo que el hombre apasionado. A estos accesos de exaltación del deseo, que decuplican nuestras fuerzas y nos impiden ver los obstáculos y peligros, sucede ordinriamente un período de decaimiento, de inerte depresión. Todos los apasionados, de cualquier género que sea la pasión que les domina, comprueban y deploran esas horas de desaliento. Es un disgusto, un fastidio, en apariencia incurable. No tan solamente el apasionado deja entonces de serlo, sino que ni capaz es de un deseo cualquiera. ¿Quién reconocería en este hombre de mirada vaga, de atónica fisonomía, de reducidas facultades, al sér activo, hábil, impetuoso que hace poco marchaba hacia su objeto con paso tan decidido, tan rápido, que nada hubiera sido capaz de detenerle?

Escuchemos: «¿Se creerá que yo haya podido disfrutar de sosiego? Pues bien, amigo mío, es verdad; he vivido veinticuatro horas teniendo el pensamiento completamente apartado de vos; después he estado muchos días en una completa apatía. *Vivía, pero me parecía que me hallaba al lado de mí misma.* Recordaba haber tenido un alma que os amaba: la veía lejos, muy lejos, pero no me animaba ya.» (Lespinasse).

O bien: «Algunas veces me siento presa de una singular estupidez. No hago bien ni mal. Marcho, como suele decirse, sobre las huellas de los demás, sin experimentar pena ni consuelo. Insensible á la vida y á la muerte, al placer y al dolor. En mi concepto, el alma puede entonces compararse al borriquillo que va paciendo y que, casi sin sentirlo, se sustenta y crece con la ayuda del alimento que encuentra.» (Santa Teresa).

Estos momentos de eclipse en el curso de la pasión, pueden perfectamente compararse al sueño. Es una

tregua durante la cual los centros nerviosos reparan sus fatigas y producen y acumulan una nueva provisión de fuerza nerviosa. Estos accesos de calma en lo más fuerte de la pasión, no deben engañar al moralista ni al médico. Lejos de ser indicios de curación constituyen el preludio de una explosión nueva. Son el torpedo produciendo electricidad; el borriquillo sustentándose y creciendo, como dice Santa Teresa. A la intermitencia, más ó menos larga, sucede una poderosa exacerbación. ¡Cuánto puede el ser apasionado á quien embriaga el deseo! Prescinde casi por completo de las demás necesidades; no le impone la fatiga, es inaccesible al temor; apenas se le puede resistir ni pasivamente, puesto que nuestra impresionabilidad se convierte en su cómplice. Nos sorprende, nos arrebata comunicándonos un destello de su pasión, pues su imaginación, intérprete fiel de sus impresiones, le pinta en rasgos de fuego lo que desea, é imprimiendo un sello especial á sus facciones, á su lenguaje, logra conmovernos, casi arrastrarnos. «Un hombre, dice Malebranche, que esté convencido de lo que dice, convence generalmente á los demás. Un apasionado conmueve siempre, y aunque su oratoria es, á menudo, irregular, no por ello es menos persuasiva; porque su aire, sus maneras, se hacen sentir y obran de este modo en la imaginación de los hombres más vivamente que los más fuertes discursos que se pronuncian á sangre fría, á causa de que estos no lisonjean sus sentidos, ni hieren su imaginación.»

En virtud de la unión del cuerpo y del espíritu, las poderosas modificaciones morales de la pasión coexisten, á menudo, con importantes cambios nutritivos. Quizá algún día se logre hacer una semiología de las pasiones. En efecto, el hombre galvanizado por una pasión poderosa, apenas tiene tiempo para comer y hasta, muy á menudo, pierde completamente el apetito. Sus noches son agitadas, no consigue conciliar el sueño. Si estas tormentas cerebrales se prolongan algún tiempo, la nutrición se altera, á veces profundamente.

Ved al hombre víctima del delirio de la pasión. Está pálido, enflaquecido; sus ojos hundidos parecen contemplar en el espacio un objeto visible solamente para él. A menudo estallan neurosis variables, especialmente enfermedades mentales, acerca de las cuales diremos algunas palabras. Otras veces son enfermedades orgánicas, degeneraciones tuberculosas, cancerosas, ictericia grave, etc.

Hasta hoy los médicos se han ocupado muy poco de estas investigaciones etiológicas. Sin embargo, está generalmente admitido que las pasiones tristes deben ser colocadas entre las causas habituales de las enfermedades cancerosas. En su *tratado de las enfermedades del higado*, Frerichs, hablando de las causas ordinarias de la atrofia aguda del hígado (ictericia grave) coloca en primera línea las afecciones morales. «En muchos casos la enfermedad estalla en personas sanas, inmediatamente después de haber experimentado un pavor violento ó un acceso de cólera, sin que medie el tiempo necesario para darse cuenta de su conmoción moral. Los enfermos declaradamente ictéricos, se entregan al delirio y mueren algunos días después. Tales son los hechos observados por Vercelloni, Morgagni, Baillon, etc. Numerosas son las observaciones que demuestran en los antecedentes de la misma enfermedad, la existencia de prolongadas penas minando sordamente las fuerzas vitales.

En una apreciable monografía sobre la estupidez, el doctor Sauze, prueba por medio de múltiples observaciones, que, ordinariamente, aquella debe su origen á causas morales tristes y depresivas. Ahora bien, aquí ya no se trata de un desorden dinámico puesto que esta abolición de las facultades, esta parálisis del cerebro, reconoce generalmente por causa un derramen seroso comprimiendo los hemisferios.

Mientras esperamos la aparición de una semiología científica de la pasión, los signos físicos, perfectamente conocidos, de las emociones fuertes, nos permiten muy á menudo formar diagnósticos parecidos al de Erasistrato y al siguiente de Jaime Ferrand, á quien dejamos el cuidado de terminar este mosaico.

«He reconocido en el mes de Mayo del año 1604, en Agen, lugar de mi nacimiento, los locos amores de un joven estudiante, natural de Mas d'Agenois. Que-

jábaseme de algunos remedios que los médicos del lugar y un charlatán Paracelsista, le habían ordenado; no podía dormir, no encontraba gusto en nada, y estaba inquieto hasta tal extremo, que se había visto obligado á retirarse de Tolosa á Agen, creyendo encontrar alivio á su mal con el cambio de residencia; pero por el contrario, hallábase cada día en peor estado. Llamó mi atención la inexplicable tristeza de este joven, al que poco antes había conocido en extremo jovial; observé su semblante pálido, cetrino, descolorido, sus ojos hundidos y el resto de su cuerpo en bastante buen estado. Asaltóme la idea de que alguna pasión de ánimo atormentaba su alma y en vista de su edad, su temperamento sanguíneo y su profesión, deduje para mis adentros que estaba enfermo de amor, y cuando yo le instaba para que me dijese la causa externa de su enfermedad, entró en la habitación una muchacha de la casa, con una luz, mientras yo le tomaba el pulso, el cual desde aquel instante experimentó profundas variaciones. Palidecía y enrojecíase alternativamente, y apenas podía hablar. Viéndose medio convicto, confesó su mal; pero se resistió á curar sino por medio de la que se lo había originado... No siendo posible que se llevara á efecto el matrimonio, estaba deseperado; sorprendióle la fiebre con un vómito de sangre: esto le asustó y le indujo á seguir mi consejo y con el auxilio de los remedios de la medicina alcanzó la curación de su mal.»

Hoy que la medicina no sabe curar á los apasionados por medio de *buenos remedios quirúrgicos y farmacéuticos*, intentaremos encontrar en otra parte los medios más propios para excitar, deprimir, ó desviar las pasiones; pero es menester que antes describamos sus fases terminales. Hemos visto despuntar y crecer la pasión; fáltanos ahora saber como se transforma ó se extingue.

LIBRO CUARTO

CÓMO TERMINA Ó SE TRANSFORMA LA PASIÓN

En la terminación ó transformación de las pasiones pueden darse los casos siguientes:

1.º La pasión disminuye y se extingue.
2.º La pasión se transforma en otra pasión.
3.º La pasión lleva al éxtasis ó á la locura.

CAPITULO PRIMERO

MUERTE NATURAL DE LA PASIÓN

Después de haberse deseado un bien, un placer apasionadamente, por lo común llega á obtenerse, á saborearse. Entonces, por lo general, la pasión disminuye ó muere. En efecto, la realidad es tan diferente del ideal de perfección, de dicha, creado por la imaginación del apasionado, que éste, por lo común, se desencanta y cura. Fastidio, enojo, disgusto; tal es, ordinariamente, el colorido de la posesión.

La pintura de esta desilusión, que tan á menudo ha servido de tema á los novelistas, nunca ha sido más exacta, más científica que en una novela del otro lado del Rhin, analizada por Mr. Ph. Chasles.

Un pintor alemán ha estudiado durante mucho tiempo el camino que su talento debía seguir. Vagando

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.